Una luz para este infierno

Marta Báez

Los viernes por la noche, una luz se enciende en uno de los peores barrios marginales de Madrid, la Cañada Real. Conmovida por la experiencia de Bocatas, la artista Belén Benavent retrata los rostros de toxicómanos abandonados a sí mismos que a veces nadie ve

alir de la carretera para adentrarte en los caminos que conducen a la Cañada Real Galiana te introduce en un escenario de pélícula de terror, pero también de humanidad descarnada, pobreza y soledad. Un barrio de Madrid donde se encuentra el mayor asentamiento de chabolas de Europa, en el que conviven o –más bien– coexisten toxicómanos, narcotraficantes, prostitutas, personas sin hogar, familias gitanas e inmigrantes de toda procedencia.

Chamizos construidos con maderas superpuestas, ladrillos y chapa que, a izquierda y derecha del camino, hacen la función de hogares; siluetas de adultos y niños en la calle alrededor del calor de las fogatas, personas encorvadas deambulando en la penumbra, coches que entran y salen de este lugar, unos en busca de ese veneno que les consume la vida, otros llenando sus bolsillos con el negocio del naroctráfico. Nos encontramos en uno de los poblados chabolistas más conflictivos de Madrid y uno de los lugares más conocidos de la capital por ser mercado de droga. Podría decirse que estamos a las puertas del inferno.

Pero en medio de esta miseria y de la cruda realidad de hombres y mujeres que habitan este lugar con su soledad y suvergüera a cuestas, hay una luz. La luz de Cristo se hace presente cada viernes a través de este grupo de amigos, la tribu Bocatas. «Si creyéramos que esto es verdaderamente el infierno, estariamos afirmando que el mal tiene la última palabra sobre la vida y tenemos la certeza de que no es así, nosotros creemos en la redención, Cristo resucitó y nos salyó», afirma Jorge Catalá, uno de los tres amigos que en 1997 comenzó esta historia junto a Jesús de Alba, Chules, e Jenacio Rodríquez, Nachito.

Durante los 27 años de historia de la tribu Bocatas, muchas personas se han sumado a esta propuesta y han podido ser testigos de lo que sucede los viernes por la noche llevando comida y compañía a los toxicómanos de la Caña-

da Real. Belén Benavent Cortés, una joven artista de 23 años, ha querido relatar esta historia a través de su pintura expresionista, acrílico sobre lienzo y color, mucho color, para hablar de esas otras vidas.

«Guando vas a la Gañada -señala Belén- siempre pasan cosas, pero también tú tienes que tener cierta apertura para que esa realidad te toque y, de ese modo, poder contársela al mundo. Yo había vivido experiencias que consideraba muy potentes y decidí que tenía que hablar de ellas».

Todo comenzó a raíz de su último año de Bellas Artes y Diseño cuando tuvo que elegir una línea de investigación para su trabajo de fin de grado. Alfi nació su proyecto artístico. «Tenía claro que no quería ser una artista sin más, no quería hablar de cualquier cosa, sino de temas que me hubiesen tocado, quería hablar de de la vida, de experiencias cercanas», señala. «Uno de los temas que pensé mostrar era el dolor y lo vida do con la enfermedad de mi madre, do con la enfermedad de mi madre,

12





el amor, la familia y las relaciones. Otro tema que surgió fue el de la experiencia de Bocatas, donde empecé a ir con quince años junto a mi hermana María. Elegí mostrar lo que había visto en la Cañada porque no solo suponía visibilizar una parte escondida de la sociedad, sino presentar un lugar que, aunque esté apartado del mundo y parezca un infierno, en él también suceden cosas buenas, y esas cosas buenas las he podido encontrar con Bocatas». El provecto se compone de seis obras. Todas ellas muestran vivencias reales. como la que aconteció un viernes al encontrarse allí a una conocida suya «drogadísima» y que, junto a otros chicos, sus nuevos colegas, estaba en la fila que se forma junto a la furgoneta pidiendo ropa y comida. Esta obra es Blancanieves. «Me impactó mucho, pues la conocía bien, mis hermanas y yo habíamos pasado un verano con ella, habíamos jugado, reído y disfrutado un montón. Y pensé: esta persona que lo tiene todo y una familia estupenda, ;en qué momento decide, no solo drogarse sino irse a este lugar horrible?». Para quien no conozca la historia que hay detrás de la mujer que protagoniza el cuadro, podría interpretarse que es una versión moderna de la princesa de los cuentos de los hermanos Grimm, pero se trata de una joven, al igual que la amiga de la artista, arrastraBlancanieves.

da por su dependencia a vivir en un mundo que no era el suvo.

Otra de las experiencias que le produjo un gran impacto fue ver a un hombre drogarse. Se trata del cuadro Quién soy. «Fue la primera vez que vi a un hombre pincharse, estaba allí, a la vista de todo el mundo, sentado al lado de la hoguera v estaba tan mal que estuvo a punto de caerse sobre el fuego y quemarse. Pensé entonces: yo también he sufrido, por lo que si conociera a esta persona, ¿qué conversación tendríamos?, ¿por qué él?, ¿en qué momento a uno se le tuercen las cosas?, ¿en qué momento uno deja de controlar y se abandona?, ¿en qué momento de la vida uno se siente tan solo que no es capaz de lidiar con ella?».

El arte puede ayudarnos a mirar esa realidad que cuesta mirar, la pobreza, la tristeza, la soledad o el dolor. Belén Benavent está convencida de ello. «Si no fuera así, me dedicaría a otra cosa. El arte presenta de una manera diferente ciertos aspectos de lo humano, pero traspasados por la mirada y la mano del artista que te plantea esa perspectiva. Quiero hablar con mis trabajos de cosas que muchas veces pasan desapercibidas. El arte es una forma de reflejar y de subrayar la realidad para decir "esto pasa".

A estas dos obras acompañan otras como Ignominia, el momento de la vergilenza, que trata de establecer un diálogo entre el hombre que se siente indigno de ser mirado y el espectador, representando, a través de ese rostro que no se deja ver, el sentimiento de vergüenza y culpabilidad que puede sufrir una perso-

Sector 6

na cuando ha elegido el mal, «Podría ser cualquiera de nosotros, ¿y si no fuera un drogadicto? ¿Quién no se ha equivocado hasta el fondo alguna vez?». La artista ha querido así hacer apología de la debilidad humana, de la fragilidad, del dolor que una persona que se siente excluida de la sociedad puede llegar a experimentar. Sometida a las críticas de su tribunal del trabajo de fin de grado por su aterrador título, Una noche en el infierno, sostiene que el sitio lo merece aunque sea evidente que en ese lugar hay una grieta a la esperanza. «Solo lo entiendes cuando has ido allí v has experimentado algo realmente doloroso y dramático. El provecto era una llamada de atención, una crítica social, pero también una provocación a que la gente fuera y lo viera. Y creo que quienes han ido allí o quienes han sufrido mucho v experimentado cosas muy dramáticas pueden entender que, incluso en el peor de los infiernos, hay esperanza».

Sector 6 es el nombre que recibe la obra en la que dos toxicómanos fuman bajo una pintada que dice "Olvidados por la sociedad" y hace alusión a esa soledad más profunda. Por sus ropas, no se sabe si son pobres o ricos, pues la adicción no hace distinciones. «En ese lugar, como espacio, no hay belleza, ninguna. Es para llegar y dar marcha atrás. La belleza está en las personas, y no solo en los de Bocatas, también en los niños, en la gente que vive allí, en los que van drogados, que pasan de ser drogadictos a ser personas con un nombre y una historia. Allí viven personas maravillosas. En mis obras hav un respeto muy grande a las personas que he retratado, no son drogadictos, ante todo son personas.



Cuando pinto, están inscritas en ese contexto de las adicciones, pero hay un respeto muy grande por ellos al plasmarlos en el lienzo».

El desarrollo de esta propuesta le ha llevado meses, un exhaustivo trabajo de campo, por un lado colaborando como voluntaria para vivir de nuevo la experiencia desde dentro y, por otro, investigando artistas y corrientes que le ayudaran a contar bien la historia. Según explica, «quería reflejar el tema con un estilo muy concreto, que se adecuara muy bien a la temática y al aspecto insalubre del humo de las hogueras, de la mugre, la basura y las aguias. Pensé entonces en un movimiento y fue el expresionismo. El movimiento de las vanguardias me encanta porque, frente a todo lo que estaba sucediendo en el periodo de entreguerras, hubo artistas que con las circunstancias tan dramáticas que estaban atravesando, se levantaron, reivindicaron e hicieron un arte diferente».

El color de las obras es otro de los elementos que llama poderosamente la atención, elegido con cuidado con el fin de no dejar impasible al espectador, pues considera que no siempre el drama humano tiene que reflejarse en blanco y negro. «Cuando vas allí, todo es oscuro, pero me preguntaba si se podría expresar el drama con color. ¿El color solo es sinónimo de diversión, bienestar y alegría o con el color también se puede expresar todo este dolor que yo he visto? Y la respuesta fue que sí, que el color no aporta infantilismo, sino que también consigue expresar un punto de esperanza incluso en la situación más dramática, y eso es lo que yo he visto allís.

Nunca le agradó especialmente ir a la Cañada, pero reconoce que le ha aportado mucho a nivel personal. «Veo un nexo común con mi vida porque he encontrado allí lo mismo que he visto en mi casa. He encontrado amor, acompañamiento, que en la dificultad uno puede, que el drama de la vida no son los problemas sino con quién vives ese drama, quién te acompaña. He visto mi vida desde otro foco, pero con un nexo común claro, una familia, un afecto. He visto el sufrimiento que ya había experimentado y he visto que el problema no es el sufrimiento sino con quién lo compartes».

Su trabajo siempre ha girado en torno a los grandes interrogantes de la vida v las cuestiones trascendentales. Belén está dispuesta a cambiar el mundo con su trabajo artístico, «no el mundo entero porque es mucho mundo -dice sonriendo- pero vo creo que sí, por eso me levanto cada mañana y voy al estudio, porque creo realmente en lo que hago. En realidad, los artistas estamos un poco locos porque creemos en algo en lo que en principio nadie cree y tienes que luchar cada día para que los demás vean lo que tú has visto». ¿Oué sería de los toxicómanos de la Cañada sin la visita de los de Bocatas? Asiente Belén Benavent: «Un infierno sin una hoguera, sin una luz. Serían los olvidados completamente de la sociedad, que ya en parte lo son, pero ese olvido se salva porque aún hay alguien que se acuerda de ellos».





«Ir a la Cañada me permite abrazar al mundo entero»

odo empieza cada viernes en el almacén de Bocatas, en la parroquia de Santo Tomás Apóstol de Madrid, lo que ellos llaman "el garaje de la ternura". Los bajos de esta parroquia son un ir y venir de personas con acentos, situaciones y religiones diferentes, llegadas de todo el mundo. Lo que alli se vivió durante la pandemia con la movilización de cientos de voluntarios hizo multiplicar la actividad de Bocatas, entonces se puso en marcha la campaña "El Amor vence siempre", expresión tomada de san Juan Pablo II en un encuentro con jóvenes. «Se levantó de la nada un programa de ayuda alimentaria a familias que habían perdido sus trabajos y que con la crisis necesitaban apoyo. Llegamos en tiempo récord a ayudar a 1,300 familias, cerca de 4.000 personas, y aún continuamos atendiendo a 300», señala Jesús de Alba, Chules.

Una perfecta armonía de voluntarios y necesitados, no se sabe dónde empiezan unos y terminan otros, movidos todos por un rato de conversación, unas risas, un lugar donde siempre hay un espacio para la amistad. Lugar de encuentro para ayudar o para hablar de sus vidas, migrantes, jubilados, voluntarios, parados, menas, personas con enfermedades mentales, con problemas familiares, personas sin hogar, amigos todos. Es el caso de una joven argentina que protto marchará como misionera a Cuba y una voluntaria italiana, que hace unos años acudieron a solicitar ayuda para cubri lo más necesario y hoy son dos buenas amigas que van a echar una mano o simplemente a encontrarse con la gente de Bocatas.

«Es un sitio donde estar, hablar, colaborar y sentirse integrados en una comunidad humana de pura amistad y ternura, sostenida por un pequeño grupo de amigos agradecidos por ser testigos de este espectáculo para la vida», afirma Chules.

Para Ignacio Rodríguez, Nachito, «el garaje es un lugar donde se viene a estar, donde no pedimos nada a nadie, cada uno es libre de ayudar o pedir ayuda, de venir todos los días o de vez en cuando». Un lugar donde Aldo, un venezolano que en pandemia fue en busca de comida, ahora que tiene trabajo dedica sus tardes a la organización del almacén de alimentos y productos de primera necesidad. O donde Rafa, jubilado, se encuentra al frente de la logística del reparto de alimentos en un improvisado despacho a la entrada. Junto al almacén hay una montonera de muebles y otros enseres que unos donan y otros se llevan cuando los





necesitan y, al fondo del pasillo se encuentra la cocina de Bocatas. Allí Hachim, acompañado por varios voluntarios, prepara un guiso de un olor increfible que en unas horas será la cena caliente para al menos un centenar de personas en la Cañada Real.

«Somos testigos de lo que pasa aquí, nosotros no hemos hecho nada para que esto suceda», comenta Nacho. «Comenzamos esta historia pero no somos fundadores de nada. Hace ya 27 años, el sacerdote lorge de Dompablo nos lo propuso y secundamos una propuesta. Y mi experiencia es que cuando vengo estoy contento, en el servicio al otro es donde uno crece porque se te llena la vida, cuando pones al otro en el centro y no a ti mismo. En el servicio a los demás, la alegría se multiplica y esto es algo real, no es una teoría ni un discurso».

«Cuando se sirve a Dios, se es feliz en cualquier parte», expresaba el padre san Damián de Molokai, misionero y patrón de leprosos, enfermos de sida y marginados. Se hace evidente que esta alegría viaja en furgoneta con la olla de estofado, los bocadillos y los yogures hasta la Cañada y se transforma en un rato de amistad, cantos, risas y oración final que los bocateros ofrecen a los toxicómanos y ahora también a los niños gitanos que se han ido asomando a esta historia.

En palabras de Nacho, «Bocatas es un don que Dios nos ha dado para presenciar milagros todos los dias, un lugar que nació de ir a entregar unos bocadillos a las personas que dormían en la calle y que hoy se sigue presentado como la necesidad de responder a lo que Dios día a día nos plantea. En la fidelidad de un gesto sencillo pasan nuchas cosas; nosotros no hacemos planes, las cosas suceden. El gesto de los inicios, cuando llevábamos 20 bocadillos, es exactamente igual al de hoy que, además de ir a la Cañada y de le reparto semanal de comida a 300 familias, se suma una nueva ruta con comida y compañía los lunes por la zona de Opera en Madrid, denominada "ruta HKH" en honor a Hassan y Hashim, dos exdrogadictos que tras muchos años en el infierno de las drogas y la cárcel han sabido salir, rehabilitars ey ahora colaboran ayudando a otros que lo necesitan».

Al terminar la jornada Paloma, 25 años y profesional del marketing digital, comenta: «La Cañada es un lugar horrible, pero ir allí me permite poder abrazar al mundo entero. Da igual quién seas, aquí no se distingue quién es el voluntario y el necesitado. La necesitada también soy vo. .



Belén Benavent Cortés es una artista plástica nacida en Madrid en 1999.
Estudió en el Colegio John Henry Newman, donde cursó bachillerato artístico, inaugurado por el artista hiperrealista Antonio López. Actualmente trabaja en el estudio Espacio Oculto, donde produce su obra. Se gradu en Bellas Artesy Diseño en 2022 con una beca al mérito artístico. Ha sido galardonada con el premio Con Eutrepe (2019) finalista en el concurso de Correso (2017).



Revista Internacional de Comunión y Liberación en lengua española

Abril 2023 | 4 euros

04



Una vida compartida